

LA OPINION

DIARIO DE LA MAÑANA

Suscripción

En Lorca, mes. una peseta
Fuera, trimestre. cuatro »

DIRECTOR

Francisco Carrasco Ruiz

Anuncios

y comunicados á precios convencionales.
Administración é imprenta: Corredera, 46

DE ACTUALIDAD

Muy difícil resulta escribir estas notas de actualidad; si cojemos la prensa de cualquier provincia ó recorremos los telefonemas de nuestra agencia informadora, solo un reflejo de la vida nacional encontramos en ellos: la inquietud, la ansiedad, producida por la carestía que nos agobia; el elemento obrero, rebelde, ha protestado ya en muchos puntos de la península, contra el estoicismo de nuestros gobernantes, que nada hacen por remediar este estado de cosas, pero hay otra clase española más sufrida y más paciente, que hasta ahora no ha protestado, sufriendo resignada la subida de las subsistencias, la clase media, esa clase compuesta por modestos empleados, por oficiales del Ejército, por pequeños agricultores é industriales de poco capital, esa pobre clase de levita que precisada á vivir entre una sociedad que no es la suya, se obliga á gastos que no puede soportar.

Tiene que vestir con decoro, tiene, por ineludible menester, que viajar algunas veces y tiene, también, que soportar las cargas de impuestos, con el exiguo sueldo ó la pequeña ganancia á que viven sugetos.

Y esta clase maldita jamás se revela, nunca se amotina y con resignación mística, con paciencia de santidad, padece la actual carestía sin que una voz redentora se alce en su defensa, abogue por estos desheredados de la suerte.

Es más temible, es más grave lo que la clase media, empobrecida, exasperada y famélica, puede hacer algún día: cuando cansada y sin esperanza se una y se rebele, su rebelión ha de ser indomable, por que la inspirarán la desesperación y el desconsuelo.

¡Salve, Humanidad!

En estos días la Historia ha escrito una de sus más grandes epopeyas. El furor humano, herencia de Caín, que todos hemos recogido; no ahito aún de sangre hermana, la ha regado en abundancia increíble sobre los campos de Verdún, y la Parca, incansable exterminadora, regó con su guadaña millares y millares de vidas en plena floración. Días de duelo para la Humanidad entera son los presentes, y lacerados por el dolor deben hallarse los corazones fuertes, cuyos generosos y altruistas sentimientos eran todo paz y amor; que

la fiera salvaje que en nuestro interior llevamos, no ha muerto aún.

¡El ataque á Verdún! Las legiones germanas, ebrias de furor, inflamadas por ese patriotismo santo que hace á los pueblos capaces de los más grandes desaciertos como de las más nobles heroicidades, precipitaronse, despreciando la muerte, sobre Verdún, sobre los no menos heroicos soldados de la gloriosa Francia ¡Y las tropas alemanas estrelláronse, tras de repetidos ataques, ante la fortaleza de los pechos de nuestros hermanos los latinos!...

Durante varios días, los nervios en tensión, seguimos paso á paso las diferentes frases de la terrible lucha entablada entre germanos y galos, allá en los campos franceses, y por muy humanos que seamos no podemos por menos que exclamar: ¡Salve, hombres heroicos!

Y es que aun cuando esta matanza representa la barbarie más horrosa que el mundo puede presenciar, no somos hijos tan ingratos que podamos olvidarlos á todos en las horas de prueba, y exclamamos ante Verdún:

Vencidos y vencedores, ¡Salve, Humanidad!

Instrucción pública.

A la dirección general de primera Enseñanza se remite instancia de don Guillermo García Villaplana, solicitando tomar parte en las oposiciones restringidas con el sueldo de 2.000 pesetas.

—Al alcalde de Cartagena se le remiten para su entrega á don José Fábregas, maestro de Lumbreras, varios documentos que le interesan.

—Al habilitado de Cartagena se ordena que abone la gratificación de adultos á don José Fábregas.

MADRIGAL

En tu aposento penetré. Dormías,
y era tan dulce y plácido tu ensueño
que un gesto de supremas alegrías
daba á tu rostro la visión del sueño.

Sentí celos crueles
y por calmar la angustia de mis celos
puse en el cáliz de las dulces mieles
—tu boca,—de mis labios los anhelos.

Te besaron mis labios con delicia,
y á la tierna caricia
despertaste del sueño,—mi enemigo,—
Y mientras en mi pecho reclinabas
tu cabeza, buscando dulce abrigo,
al preguntarte ansioso, qué soñabas,
me respondiste trémula:—¡Contigo!

MANUEL M. MONTERREY.

CHARLAS

Las nuevas escarcelas

Para los devotos de la moralidad, mejor dicho, para los que en cada paso que dan en el mundo encuentran un grave motivo de escándalo; para los que ven en cada atrevimiento de la moda un avance hacia las infernales calderas y tiemblan consternados ante la piel rosada de un brazo desnudo y se santiguan temerosos frente á la redondez de una bella garganta; para todos esos graves y sesudos hombres que truenan á diario contra la ligereza de las vestiduras femeninas y lanzan terribles anatemas contra los desvarios de la moda la noticia no puede ser más aterradora, tan aterradora, cuando menos, como halagüeña para los impenitentes tenorios callejeros.

Las genialidades de la mujer son cada día más pintorescas. Aquí, en España, apenas hemos pasado del abecedario en este punto. Nuestras damas son todavía, pese á todas sus desnudeces de buen tono y á todas sus frescuras gentiles y á todas sus faldas cortas, unas recatadísimas doncellas, llenas de divinos rubores. Es preciso asomarse á otras tierras distintas para saber á qué atenerse. Es necesario hojear revistas de modas extranjeras para saber lo que es capaz de discurrir una alocada cabecita de mujer. Hay que repasar las páginas encantadoramente frívolas de los voceros de las elegancias, de los periódicos ingleses y franceses, para comprender lo poco justos que son los intusigentes moralistas de por acá. Porque quejarse de que las aristocráticas damas y las burguesitas españolas pecan de atrevidas; porque pongan al aire la parte menos pecaminosa de sus adorables encantos y se vistan candorosamente de cantineras bizarras, es ignorar lo que pasa por esos mundos de Dios.

¿Qué valen, en efecto, las medias caladas ante aquellas medias venusianas de que nos habló hace tiempo el exquisito Gómez Carrillo? ¿Qué importancia pueden tener las menaguadas faldas que llevan ahora las muchachas, comparadas con las medias-pantallas que están haciendo furor entre las extravagantes vírgenes norteamericanas?

Hasta ahora parecía que los modistos de París eran los grandes revolucionarios del arte de vestir, ó de medio vestir como quieran ustedes. Pero la guerra, sin duda, ha adormecido á los Paquin, á los Worth, á los ilustres arquitectos de la moda, y los grandes revolucionarios parisienses se han dejado adelantar por sus colegas de New-York.

La moda es tan veleidosa, cambia tan rápidamente de forma, que los pobres artistas se deben ver muy comprometidos. Las faldas han tomado ya todas las formas imaginables. Las blusas, las levitas, los chaquets, se han ido sucediendo, han adoptado todas las formas posibles. Sin embargo, las damas se muestran cada día más exigentes. Claman por una novedad cada día, por una variación cada hora. Y los modistos no sabiendo qué hacer con los bustos, se han fijado en las piernas, y las han puesto unos volantes rizados sujetos á las medias, á modo de pantallas. Pero esto no era definitivo. Hacía falta algo más radical, más sugestivo, más original, algo que llamara más la atención. Y los modistos neoyorkinos han aconsejado á las princesas del trigo y del pretóleo y dé los ferrocarriles, que destierren la vieja costumbre latina de guardar las cosas íntimas en el pecho y trasladen su «secretaire» á las piernas.

Es la actualidad; el monedero va pegado á la media, una cuarta más arriba del tobillo. Y con el dinero van las cartas amorosas y las románticas intimidades del corazón. La leyenda de las mujeres españolas, apasiona-

das y terribles, con la navaja vengadora en la liga, ha sido surtida, en el Imperio del dollar, por una realidad amable, muy propia para ejercer la caridad en los paseos públicos, y también para que los sentimentales rateros españoles diesen gallardas pruebas de su galantería en las apreturas dominicales de los templos y en la discreta penumbra de los cines...

J. Barrio y Bravo.

“Confesiones,”

Voy notando con cierta pena, y profundo cambio en mi manera de ser y vivir.

Mi carácter, antes expansivo y alegre, se va tornando algo taciturno y reservón. Siento acrecentarse de día en día, el amor á la soledad que me hace entablar íntimos y cretos diálogos conmigo mismo.

Las frías paredes de mi cuarto y las páginas de mis libros, me atraen con la grata sugestión que ejercería el hogar que aún no he creado. Cada vez me halagan menos las tertulias y las salas de juego de los Casinos, las charlas vanales de las reuniones, el convencionalismo social de los paseos concurridos.

Y todo esto no lo juzgo casi particular, sino que creo que tiene algo de representativo. Lo sienten en mayor ó menor grado, todos los hombres que, habiendo vivido algo, se acercan á la madurez de su vida en incorregible soltería.

Los que estamos en este caso, quizá hemos pensado demasíadamente en lo mucho que vale la juventud y hemos querido aprovecharla.

Yo por mi debo decir, llegada esta hora de confesiones, que he descendido á muchos vicios por solo el afán de conocerlos y que no he experimentado al saborearlos la menor voluptuosidad. Y por rubor juvenil, por no declarar ante otros una falsa inferioridad, me he callado los desencantos.

Durante años y años,—los mejores, los que no vuelven—he consumido horas preciosas entregado á la pasión del juego, que empecé á cultivar con indiferencia y llegó á constituir hábito imperioso. Por espacio de meses enteros he visto amanecer sin haberme acostado la noche anterior, pasada, acaso, en orgías estúpidas que dominaba el aburrimiento. Por no esclavizarme,—¡error profundo!—he despreciado amores que pudieran haber sido intensos y puros. Y, cumplidos los seis lustros, en la ya iniciada pen-